

## **TÍTULO: La ruta de la furgoneta**

El tío de Anátide emigró muy joven a ese país americano donde las fantasías podían fácilmente hacerse realidad, con dos maletas anticuadas y roñosas, llenas de esperanza y anhelos por cumplir, dejando atrás una patria retrasada y acomplexada, después de un conflicto desgarrador y lacerante. En sus esporádicas y escuetas visitas, repletas de hilarantes anécdotas y extraños atuendos, le traía siempre cómics en inglés, de los que solamente entendía los dibujos y de los que tenía que imaginar el resto en esas páginas, rebosantes de acción y personajes fantásticos.

A través de sus coloridas viñetas descubrió, con su inseparable y renco amigo Timoteo, la ruta 66, la principal de un territorio forastero e inverosímil para unos ibéricos atados casi permanentemente a su origen. Así, fueron trazando su futuro y virtual itinerario por aquella mítica y famosa carretera que les atraía por alguna misteriosa y contundente razón, convirtiéndose en una secreta obsesión ligada a una etapa inocente y dura, aliviada por sus soñadoras mentes. Ella recorría mentalmente cada kilómetro, figurándose que conducía alegremente en la furgoneta amarilla de su padre.

Su admirado y consentidor papá, carpintero de profesión, transportaba en ese clásico vehículo de marca francesa, maderas y listones de todos los tamaños, que sobresalían por la ventanilla trasera, con un pañuelo rojo que, según decía muy serio a su hija, indicaba precaución y forzaba a los despistados a mantener la distancia de seguridad. Le encantaba hacer sonar el claxon al acercarse al portal, para que mientras él aparcaba enfrente, ella se asomase a la ventana contenta de verle, saludándole con fuerza, agitando su palma con regocijo sincero y arrobamiento en sus ojos. Cuando le dejaba montarse en el asiento del copiloto, para dar una vuelta completa al pueblo, con un poco más de velocidad de la permitida y sensata, ambos disfrutaban entre risas y evidente complicidad de increíbles periplos, que les llevaban a naciones lejanas, con trayectos llenos de curvas, de inesperados socavones y de aventuras maravillosas, que les hacían llegar con exagerado retraso a la cena. Con cautela, tenían que soportar la consabida reprimenda de una madre que, en su interior, era compinche de aquellos jaraneros episodios, sin mostrarlo a sus vástagos varones, proclives a la insana envidia.

Poco les importaba a los autores de los desmanes su pelusa y la regañina, enseguida escudriñaban el pesado e instructivo atlas de la escuela para elegir un nuevo destino, en una hoja escogida al azar, aunque cambiada con el beneplácito de ambos si les apetecía otro continente o si les antojaba cruzar un océano, en medio de una tempestad.

Como suele ocurrir en cualquier familia, el tiempo pasó, cargado de realidad, de cruda rutina, de bastantes penurias y de acontecimientos, unos destacados y otros de escaso calado. Estos ingredientes, sumados al temperamento, reacciones y sensibilidad de cada uno, fueron mermando lentamente la ilusión y la fábula. Los estupendos viajes de antaño cada vez eran menos frecuentes y más aburridos por pubescentes pensamientos y cavilaciones veteranas, curtidas en sinsabores.

Hasta que se terminaron cuando su niña, con capacidad para las letras y los números, se fue a aprender a la gran ciudad por el empeño de una testaruda maestra, que la alejó de su mundo rural para ampliar sus conocimientos. Concluyeron cuando su chiquilla se quedó allí a trabajar en un modesto oficio mal pagado, sin posibilidad de ascender y prosperar por haber nacido mujer, dejando atrás cientos de horas de estudio. Y finalizaron definitivamente cuando su criatura decidió más tarde casarse, con un pelagatos sin fundamento, engreído y casposo, al menos para su consternado suegro, que intuyó desde el principio que aquello no iba a salir bien.

Desde que él se retiró, por asuntos de salud, la pequeña camioneta permanecía en la vieja cochera, ignorada por la mayoría de esa ingrata estirpe, pero sin perder su característico olor a serrín. Ese aroma que el viejo ebanista, sentado al volante con el motor apagado, echaba de menos, tanto como su actividad y el desordenado taller. Ese que le hacía estornudar al entrar y le protegía de un asueto que no había perseguido y que no sabía gestionar, que le pesaba y le oprimía, más que compensarle. Añoraba el silencio de ese espacio y, sobre todo, el tacto suave y cálido de los muebles recién lijados, que le proporcionaban la confianza que nunca había tenido, la sensación de ser útil e imprescindible, aunque solamente fuese para unos objetos en los que él ponía su espíritu y habilidad.

De ese modo, se fue dejando llevar, descuidando sus ganas de prolongar una supervivencia que no ansiaba hacerse eterna. Cuando el

progenitor murió sin llamar la atención, casi en soledad, sus herederos, esos hermanos que no la querían, aunque la vigilaran de cerca, vendieron sin inconvenientes lo poco que tenía, con el fin de hacer un reparto ridículo, menor a los gastos del notario. No quisieron entregarle su especial deseo, ese que continuaba aparcado sin puesta a punto, casi como ella. Entonces, no quiso oponerse, dando la razón a su marido, que a menudo insistía en que era una blanda, una conformada sin carácter de la que todos se reían.

Ahí perdió la primera parte de su sueño, rota por un dolor que resultaba insoportable en la quietud de la noche, con la negrura de los nubarrones y en la temida lluvia de otoño. La segunda fue cuando ese esposo, faltón y envalentonado solamente en su casa, vació un par de años después la cuenta del banco. Y desapareció, como si jamás hubiese existido, como si el infierno hubiese decidido tragárselo, sin falsas despedidas ni remordimientos, sin dejar rastro, ni físico, ni sentimental. Por una vez, se marchó sin elevar la voz, sin imponer su parecer a gritos, sin las usuales amenazas, sin el acostumbrado portazo y sin faltar el respeto de quien dormía, o lo intentaba, a su lado.

No fue sencillo seguir con una vida carente de recursos, con numerosas deudas ajenas, con abundantes facturas de caprichos no disfrutados y desconocidos. Fue difícil levantarse cada amanecer, localizar argumentos para reanudar su quehacer y continuar en una sociedad que, de forma velada y sin acusarle abiertamente, le culpaba con desdén no disimulado, del obligado abandono de un buen hombre. Un señor paciente, trabajador y cumplidor, cansado de no ser atendido en sus básicas necesidades, ni complacido en sus lógicos impulsos varoniles, ni perdonado en sus naturales devaneos.

En ese entorno complicado y en una coyuntura rígida, nada generosa, transcurrió otro largo periodo de anodina existencia, inmenso en su duración, en fragilidad y en desamparo para ella. Exento de insultos y furibunda compañía, pero también libre de atractivas palabras, de grata conversación y de agradable cariño. Los días se hacían inacabables y ya no era capaz de recordar el estremecimiento de una pausada caricia, la comfortable sensación de un abrazo zalamero o la ternura de un beso imperecedero, entregado con delicadeza y embeleso, sin imposiciones, ni condenas.

Si en algún momento había sentido algo parecido, si había rozado la felicidad, si había enmudecido por la dicha auténtica, había sido en aquel

camioncillo, abarrotado de virutas y herramientas, rodeando la plaza de la iglesia, saltando con los baches del camino empedrado y aguantando la carcajada floja, para no distraer aún más al intrépido y querido chófer, concentrado en no chocar con la Torre Eiffel, en no caer al océano Pacífico o en no toparse con el ejército ruso. No podía evitar llorar con aquel pasado, tan remoto en su evocación, que la envolvía en nostalgia y en melancolía, aunque extrañamente servía para reconfortarle en su añoranza y aliviarle en su tristeza. Nunca supo qué le empujó a entrar en aquel taller de su calle, andando a la caza de un recambio para su máquina de coser.

Quizá fue la pesadumbre que remolcaba desde la pérdida de su piloto favorito. O fue la casualidad, la que hizo pasar por su cabeza que, por si acaso, debía preguntar en aquel lugar, para intentar arreglar la avería sin gastar en exceso. O simplemente fue la suerte, que excepcionalmente quiso ponerse de su parte y le obligó a reparar en un local, al que no había prestado su atención hasta esa tarde, a pesar de que sus recorridos le exigiesen caminar junto a esa nave. O pudo ser que la fortuna se cansó de ser esquiva con ella y decidió brindarle la coincidencia de encontrarse de frente, esperando que se atravesase a cogerla con osadía y determinación, sin absurdos y antiguos pretextos.

Por alguno de esos motivos, atribulada y dispuesta a rendirse ante la primera contrariedad, atravesó la sombría entrada. Buscando alguien a quien preguntar, la halló en un rincón oscuro, brillante como si la acabasen de estrenar, con los colores que lució en su mejor época, reluciente como si se hubiese preparado para esa cita imprevista. Allí, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo, estaba la furgoneta de su niñez, esa máquina idónea para enviarla al ayer y traer a su ahora la mejor historia que podía contarse. Aquella que permanecía indeleble en su memoria, guardada en el fondo como los tesoros valiosos, el exclusivo medio de recuperar vestigios de una edad más bonita.

Mientras se acercaba muy despacio para tocarla de nuevo, para sentir la huella de un padre que supo quererla sin ambages y sin reproches, notó unos pasos detrás. El sonido de ese pie levemente arrastrado, le resultó tan familiar y apreciado, que el corazón le dio un vuelco. No se equivocaba, siguiéndole de cerca estaba su socio de pueriles fechorías durante los años más tiernos. Ese leal compañero de pupitre y de juegos, al que los chicos no admitían por su defecto al andar, al que rechazaban entre crueles bromas y burlas constantes.

Fiel encubridor de sus ingenuas trastadas, le perdió la pista cuando subió al autobús de línea, con sus libros en la maleta y la quimera de un aprendizaje renovador y de unas amistades por estrenar. Extravió su aprecio cuando no quiso girarse para ver su imagen solitaria en el arcén, la mustia silueta de un ser abandonado y desorientado.

Él había guardado con pulcritud el viejo automóvil de transporte desde la despiadada venta, preservándolo del deterioro y del seguro desguace, tratándolo y mimándolo como si fuese ella. De esa manera, logró mantener su vínculo intacto, creyendo en ese amor no correspondido, que para él no había perdido ni un ápice de intensidad desde que dijo adiós al reflejo de un cristal, sin tener la certeza de que le devolvían el gesto dentro, sin poder contener las lágrimas. Una despedida en la que no supo nacer de su garganta la petición de que regresara, de volviese pronto, de que le escribiese al menos.

No necesitaron hablar para presentir la cercanía mutua, bastó con ceñir sus brazos confiadamente, con adivinar el entregado contacto del otro, con inhalar la franca lealtad que desprendían cada uno. Sirvió con apreciar la reconocida afinidad y la inevitable predilección, revivida en un suspiro, en un elemental ademán. A partir de aquel afortunado y casual encuentro, no se separaron, los tímidos vistazos y los balbuceos iniciales dieron paso a largas charlas, silencios compartidos, manos entrelazadas y paseos interminables. La perseverancia de aquel muchacho, dedicado a preservar un sentimiento auténtico y verdadero, se vio recompensado por un encadenamiento de sucesos fortuitos. Tal vez se iniciaron cuando ambos coincidieron en el aula del colegio décadas antes, o cuando Timoteo decidió abrir su negocio en la capital en contra de su parentela, o cuando Anatilde compró aquel artefacto de segunda mano para sus labores con el objetivo de obtener un extra en su precaria economía, o quizá cuando seis meses antes, había comenzado a ahorrar para su permiso de conducir.

No obstante, concluyó antes de lo esperado un atardecer de octubre, después de una larga sobremesa celebrando la obtención de aquel documento que le permitía ponerse legalmente al volante de la furgoneta. Con una excusa inventada para la ocasión, fueron hasta el taller con la chispa del champán en sus frases, con la pasión adherida a su piel y con la convicción de un broche nocturno íntimo e inmejorable.

Él le pidió que tapase sus ojos, mientras se acercaba a un armario cerrado con llave, para sacar un regalo que guardaba para entregárselo en cuanto reapareciese y fuese el momento oportuno. Ella obedeció y esperó con calma su regreso, sin tratar de acertar el contenido, sin anticipar ninguna reacción, sin saltarse tramos, sin desaprovechar instantes. Embelesado y con una sonrisa imborrable, le entregó un pesado paquete envuelto con primor y acompañado de un pequeño sobre, firmado con una caligrafía perfecta. Lo abrió con prisa movida por la curiosidad, sin romper la magia del regalo, pero con el ansia de desvelar un contenido que intuía singular.

La sorpresa abrió su boca sin límite al destapar la sencilla alcancía y la alegría articuló sus jubilosos chillidos, cuando en la tarjeta vio el destino de la espléndida recaudación “Para nuestra eterna Ruta 66”. En cambio, sus labios se sellaron, sin remedio y para siempre, cuando él cayó desvanecido a sus pies sin pulso y con el último latido en su mirada.